

EL DIOS CAÍDO

GARETH HANRAHAN

Traducción: David Tejera Expósito



Este es para Cat.

Prólogo

Otra vez el mismo sueño.

Otra vez el mismo día. Ya ha pasado más de un año.

En el sueño, Artolo de los Ghierdana se pavonea por una calle de Nueva Ciudad en Guerdon. Es primavera y la sangre alterada guía sus pasos. Echa un vistazo al paisaje improbable del lugar, lleno de chapiteles y puentes rocambolescos en los que parece que la espuma de las olas al romper se hubiese quedado convertida en mármol. Alza la vista a las torres, conjuradas todas justo en un instante por una creación defectuosa de los alquimistas, o eso dicen los rumores. Guerdon tiene fama en todo el mundo de ser lugar de maravillas forjadas por el gremio de alquimistas. Las armas que salen de sus fundiciones y de sus calderas cruzan el mar en dirección a la Guerra de los Dioses, y luego regresan en forma de oro y de plata.

A ojos de Artolo, Nueva Ciudad es un tamiz que ha dejado sin oro y sin plata tanto a él como a su familia. Un lugar que nació del caos en una crisis, y el caos siempre conlleva oportunidades para aquellos que tienen las agallas de aprovecharlas. Por ese motivo el Tío Abuelo lo ha escogido a él de entre todos los miembros de la familia para supervisar los negocios en Guerdon. Tiene las manos recias que se necesitan.

Lo ha dejado muy claro en los pocos meses que lleva allí. Ha conseguido dismantelar el sindicato del crimen local, la Hermandad, desde el barrio ruinoso que es la Ablución. Ahora los controla.

Y se ha encargado de todos los que se han atrevido a enfrentarse a él.

Porque, cuando enfadas a Artolo, también enfadas a los Ghierdana. Y nadie enfada a los Ghierdana.

Nadie enfada a los dragones.

Eso es solo el principio. Lo cierto es que Nueva Ciudad no le pertenece a nadie. La mitad de esos chapiteles mágicos están vacíos o los han reclamado okupas y refugiados que no tienen a nadie que los proteja y a quienes podría expulsarse sin problema. Guerdon aún se recupera tras lo acontecido en la Crisis. Esa especie de gólems, los hombres de sebo, ya no patrullan las calles. Los alquimistas han empezado a reconstruir las fábricas en ruinas, la Hermandad ha desaparecido, el parlamento se tambalea, vacilante, presidido por un comité de emergencia que se esfuerza por mantenerse unido. Hasta los dioses locales están moribundos.

Todas las cartas están sobre la mesa. La cosecha está lista para que alguien la recoja. Artolo pasa la mano enorme sobre el mármol liso de la barandilla del balcón, y se deleita con la sensación. Hace repiquetear el Anillo de Samara contra la superficie, y casi es capaz de sentir cómo tiembla toda la ciudad, cómo se estremece al rozarla, cómo le teme. Un caballo al que domar, una mujer a la que poseer.

Le resulta agradable. Le parece que es lo correcto. Se siente como aquella primera ocasión en la que el Tío Abuelo lo había llevado volando. Nueva Ciudad, ahí a su alrededor, bien podría ser como una nube en un cielo reluciente, mientras él se abalanza hacia su glorioso destino.

En el sueño, baja por una escalera. Sus hombres inclinan las cabezas mientras pasa, murmullan palabras de respeto. Pronto, toda la ciudad también se rendirá a él. El jefe Artolo, el favorito del Tío Abuelo. El elegido del Tío Abuelo.

Entra en el sótano. Dos de sus hombres lo esperan: su primo Vollio y Tiske. Hombres leales, aunque Tiske sea Eshdana. Es uno de los marcados por la ceniza y pertenece al linaje de los dragones. Tienen a una prisionera entre ellos. Una mujer joven de pelo negro que intenta zafarse, como si fuese una gata callejera. También grita como una.

—Silencio—espeta Artolo. La agarra por la barbilla y luego le gira la cabeza para verle bien la cara. Tiene la piel llena de unas pequeñas marcas oscuras que parecen cicatrices o quemaduras. También un amuleto feo de metal negro que le cuelga del cuello—. Me han dicho

que me estabas espiando. Que me has robado. Que has apuñalado a tres de mis hombres.

—Tres que tú te hayas enterado —susurra ella.

—¿Sabes quién soy?

Artolo le aprieta la boca.

—Tolo —farfulla a modo de respuesta.

—¡Mal! —grita.

La suelta. Desenfunda la daga. La empuñadura es dorada y rematada con joyas. La hoja es el diente de un dragón, un regalo de Tío Geralt, reflejo de su autoridad como príncipe Ghierdana. Levanta la daga y se deleita con el peso, con la manera en la que le llena la mano. Es como si se hubiese forjado solo para él.

Artolo golpea a la mujer en la cara con la empuñadura y luego se la coloca delante de los ojos para que la vea.

—¿Ves esto? ¿Sabes lo que es? Soy jefe de los Ghierdana. Soy el Elegido del Dragón.

Le pega la hoja contra el cuello y la presiona contra la piel.

Un poco más de presión y la piel se abrirá entre chorros carmesíes.

Un poco más de esfuerzo y conseguirá atravesar el cartílago y llegar a esa parte caliente que se le derramará por el brazo mientras nota cómo cede la tráquea.

—¡Hacerme enfadar a mí es lo mismo que hacer enfadar a los Ghierdana!

Ahí, en ese sótano, no hay testigos. Solo Vollio y Tiske. Solo las piedras relucientes de la imposible Nueva Ciudad. Pero Artolo disfruta de su discurso. Lo ha dicho antes, muchas veces. Lo hace por su propio bien, igual que todo lo demás. Le recuerda que tiene que ser fuerte. Le recuerda que el fracaso no es una opción.

Mira a la joven a los ojos. No ve miedo alguno. Ella no cree que él sea capaz de hacerlo. Eso lo enfada aún más.

—Robarme algo —dice— es lo mismo que robarle algo al dragón.

Se oye un chirrido y el ruido de una limadura, como si acabase de arrastrar la hoja por la piedra. Saltan chispas en los lugares donde la daga corta la piel suave de la garganta de la chica. La daga, su daga, la daga que es un diente de dragón, no consigue herirla.

No la hiere a ella, sino que de alguna manera le hace daño a la estancia en la que se encuentran. Se abren muchas heridas en las paredes blancas y relucientes, hendiduras profundas y húmedas que resquebrajan la piedra y que siguen el mismo trazo que acaba de seguir el cuchillo por la piel sin mácula del cuello.

Un milagro. Es un puñetero milagro.

Pero el Tío Abuelo le había dicho que no quedaban santos en Guerdon.

El suelo de piedra se agita, y tanto Vollio como Tiske sueltan a la chica. Caen en rincones opuestos de la estancia del sótano en la que se encuentran. El techo se funde, y unos dedos alargados de piedra reluciente caen de él como si fuesen estalactitas, y empiezan a entrecruzarse antes de que unas flores de piedra broten de ellas y separen el centro de la habitación del resto. Vollio y Tiske se quedan encerrados en un instante detrás de la roca. Artolo oye los gritos ahogados de nerviosismo.

La joven se incorpora despacio con una sonrisa retorcida en el rostro. Ruborizada a causa de la emoción. Ebria de poder.

Tras ella, la puerta del sótano se retuerce hasta que el dintel de piedra también termina por fundirse. La única salida del lugar se cierra para siempre. Artolo no pide ayuda.

La daga no sirve para hacerle daño. Le da un golpe con la empuñadura en toda la nariz.

Las paredes de la habitación... No, por los dioses de las profundidades. Toda Nueva Ciudad recibe el impacto. A ella no le afecta. Artolo le da un puñetazo en la cara, y es como si acabase de golpear una pared. Ve que los nudillos han empezado a sangrarle y que, para ella, lo que ocurre allí es como un juego.

Artolo no puede hacerle daño. No puede matarla. No tiene una pistola ni nada más destructivo. Necesita una pistola. ¿Por qué no trajo una puñetera pistola? Ha matado santos en el pasado, al otro lado del mar, pero lo ha hecho con armas. Y en presencia del Tío Abuelo.

No puede fallarle al Tío Abuelo. No puede fallarle al dragón.

El aire se agota ahí abajo. No puede respirar. No puede mantenerse en pie, y debido al pánico no tiene muy claro si el suelo se ha derrumbado bajo sus pies o si le han fallado las rodillas. La joven se

alza frente a él, terrible y monstruosa de repente. Él se arrastra hacia detrás para alejarse, o lo intenta, pero el suelo está resbaladizo y liso como un espejo.

La joven coge la daga de diente de dragón y admira la empuñadura enjoyada. La gira en la mano con una habilidad fruto de la práctica y examina la hoja.

—La has mellado —dice—. Ya no sirve para nada. —Lanza la daga al suelo—. Pero tengo la mía —asegura mientras ríe y desenfunda una daga de una doblez oculta de su túnica.

Se suponía que Vollio iba a cachear a esa zorra por si llevaba armas encima.

—Lláname la Santa de las Dagas —dice la joven a medida que se le acerca. Después se detiene y mira hacia el techo—. ¿Qué? ¿A mí me gusta el nombre! —Hace una pausa, como si escuchase una voz que Artolo es incapaz de oír—. Bien. Pues conseguiré una puta daga mágica. Puede que una espada llameante. Pero antes...

Vuelve a centrar la atención en Artolo. Los ojos le relucen como la piedra de Nueva Ciudad bajo la luz del sol.

—Esta es mi ciudad. Sé lo que haces aquí. Sé lo que buscas.

Artolo piensa que es imposible que lo sepa. El Tío Abuelo le encargó una misión tan secreta que solo podía llevarla a cabo alguien de la familia. No puede saber nada sobre las armas del Hierro Negro. ¿Quién es esa chica?

—Te mataré —amenaza Artolo, haciendo acopio de los restos ajados de su coraje. Tiene que haber una manera de hacerle daño. Gas venenoso. Ácido. Hechicería. Llamas de dragón. Es humana—. Te mataré. A ti y a tu puñetera familia.

La joven se ríe.

—Llegas tarde. Pero si esto va de amenazas...

Cierra el puño, y la pared tras la que se encontraba Vollio imita el movimiento de su mano. Se oye un grito ahogado, y unos regueros rojos se deslizan por las hendiduras de la roca.

—Encontraré la manera.

La joven lo desdeña.

—Los Ghierdana no son bienvenidos en la ciudad. Vuelve y díselo al dragón. No tendrás una segunda oportunidad.

La chica gesticula, y la pared se abre detrás de él, se ondula y se agita hasta formar otra entrada. El olor a cementerio de los túneles de los ghouls se cuele en la estancia desde esa segunda entrada.

La joven lo pisotea como si fuese insignificante.

Lo desdeña como si fuese insignificante.

Nadie lo amenaza así. Es Artolo de los Ghierdana. El favorito del Tío Abuelo. ¡El Elegido del Dragón!

Tiene la daga de diente de dragón en la mano. Consigue ponerse en pie y salta hacia ella. La zorra mide la mitad que él, es pequeña y débil. No es más que una niña, milagros aparte. Solo tiene que cogerla por sorpresa y...

El sueño termina igual que siempre. Ella se da la vuelta como si lo hubiese visto venir. Le clava la daga justo debajo de las costillas, y aprovecha el impulso para rajarlo con un giro de muñeca. Las paredes blancas pasan a ser rojas, rojas y rojas. Y él cae, cae como si se hubiese resbalado por la espalda del Tío Abuelo.

El dragón prosigue su vuelo sin mirar atrás.